

tudes, no ha sabido conservar el principio regenerador. La luz del Evangelio se ha extinguido, y el Japon ha recaído en las tinieblas de la noche. En el momento en que escribimos estas líneas, reinan de nuevo en él la muerte, la exposicion, la venta de los niños, el envilecimiento del ser débil; en una palabra, todos los vergonzosos y sangrientos desórdenes que el Cristianismo habia arrojado de esta privilegiada tierra. Así, la historia de la familia japonesa es el vivo resumen de la historia universal de la sociedad doméstica, antes, durante, y despues del reinado de la Religion. ¡Ojalá que la tan pura sangre de sus Mártires pueda alcanzar misericordia para esta porcion, en otro tiempo tan floreciente, del reino de Jesucristo! El dia en que la Cruz, que desde tantos siglos se está hollando, será repuesta en triunfo sobre su pedestal, ese dia será el comienzo de una nueva era de felicidad, de virtud y de verdadera civilizacion para esa infortunada tierra.

### CAPÍTULO XIII.

*Historia de la Familia en Asia, Tartaria, Persia, Armenia, Turquía.*

Terminemos nuestro segundo viaje al rededor del mundo, por el Asia septentrional. Allí fue la cuna del género humano; allí fueron proclamadas las santas leyes de la familia. El Eterno mismo ha hablado; pero ¡ah! los ecos de la tierra del Eden desde largo tiempo no repiten sus palabras; la voz de las pasiones se ha hecho oír; ella ha dominado la voz de Dios; y el hombre se ha hecho carne, y la sociedad doméstica, no menos que la sociedad política, se ha degradado bajo el vergonzoso yugo del despotismo y del sensualismo.

Todas las hediondas llagas de la familia antigua, la poligamia y el concubinage ilimitado, se hallan entre los tártaros idólatras. Los tártaros mahometanos tienen leyes que limitan el matrimonio á ciertos grados; pero los paganos pueden desposarse con sus mas próximos parientes, menos con su sola madre. Y es probable aun que sea la edad, mas bien que otra consideracion, la que los detenga en este punto. Sobre esta restriccion de las uniones mahometanas, harémos notar la secreta influencia del Cristianismo hasta sobre los pueblos no cristianos. Es sabido que hay en el Alcoran

mas de una prescripcion tomada del Evangelio. Bien que abogadas en un mar de fábulas absurdas, estas bienhechoras verdades influyen sobre alguna parte de las costumbres mahometanas, á la manera que llegado el sol al horizonte alumbra aun la elevada cima de las montañas.

Por una contradiccion extraña de que apenas se halla ejemplo sino en los antiguos persas, los elutas practican el matrimonio en el primer grado de consanguinidad en linea directa. El divorcio se verifica naturalmente á cuarenta años, y las mujeres, vergonzosamente humilladas, se convierten en criadas de sus rivales. Así tambien los hijos, que respetan á su padre, en quien reside un poder despótico, desprecian á su madre que ven tratada con tanta ignominia<sup>1</sup>. No os asombreis de hallar en semejantes naciones costumbres feroces y la carencia de luces y civilizacion.

Sus vecinos, los tártaros del Daghestan y de Nogay, así como tambien los circasianos, huellan de una manera no menos indigna las mas santas leyes de la naturaleza y de la familia. Su codicia es tanta, que con frecuencia hacen la guerra con el exclusivo objeto de conquistar esclavos y venderlos despues como bestias de carga. En esto imitan á la mayor parte de los grandes pueblos de la antigüedad, cuyo pomposo elogio no se nos cesa de hacer, despues de habérsenos condenado á releerlo en prosa y en verso. Pero lo que distingue tristemente el pueblo de que hablamos, es que á falta de otros esclavos venden sus propios hijos, y hasta sus propias mujeres por poco que les disgusten<sup>2</sup>. Esta doble costumbre subsiste todavía hoy. Todos los periódicos han contado que despues de la última guerra entre los circasianos y los cosacos, se puso á los prisioneros á pública subasta: las mujeres se vendian á veinte y cinco y treinta rublos, algo menos que un caballo; los circasianos vendian al mismo tiempo sus hijos á los extranjeros, sobre todo á los persas y á los turcos.

En las mismas regiones, en medio de las mismas montañas, viven otras tribus sometidas á Rusia. Vamos á ver cuán incapaz es el cisma moscovita, á pesar del fanatismo de su jefe, de suavizar la costumbre de los bárbaros. No, mil veces no; las sectas sepa-

<sup>1</sup> *Hist. de los turcos, los mogoles y los tártaros*, compuesta segun las notas de Bentink, t. II, pág. 403.

<sup>2</sup> *Hist. de los turcos, los mogoles, etc.*, t. I, pág. 412.

radas del fecundo centro de la unidad no pueden dar la vida de que carecen. Solo el Catolicismo, depositario de la palabra divina, puede convertir las piedras en verdaderos hijos de Abraham. Esta es su gloria intransmisible. La conversion al Cristianismo ruso no tiene otro efecto que acrecentar las listas del *Santo Sinodo* con un número mas ó menos considerable de hombres, cuyo pretendido Cristianismo horroriza al pensamiento <sup>1</sup>.

Así el Cristianismo de los oscetas no ha suavizado en lo mas mínimo la ferocidad de sus costumbres. Hoy mismo se ejercen aun entre ellos inauditas crueldades. Hace pocos años que se verificó un hecho horrible en la Oscetia.

Irritadas dos tribus por un asesinato cometido en una de ellas se mataban mutuamente, siguiendo su precepto de la *venganza de la sangre*; y ese furor habia llegado ya á un punto, que parecia que esos alternativos asesinatos no acabarian sino por el exterminio de una ú otra. Entonces intervinieron algunas tribus vecinas para obligarlas á una paz que satisfizo á ambas partes. Por una y otra se contaron los muertos que habian perdido; y como se halló que una de ellas quedaba aun deudora á la otra, se convino en que *se entregarian á esta tantos niños cuantos fuesen los muertos que le faltasen para hacer el balance de su cuenta*. El tratado fue puntualmente ejecutado: el número de niños fue exactamente entregado; y degollados friamente como viles animales fueron amontonados en medio del campo, y devueltos despues los cuerpos á sus familias para darles honrosa sepultura en la tierra natal. Signió un banquete de reconciliacion á esta espantosa carnicería, y quedó restablecida la paz. El clero ruso alega la antigüedad de esas bárbaras costumbres para excusarse de no intentar nada para abolirlas.

«Respecto de los mismos persas, es imposible, dice Mr. de Gouff, trazar sus costumbres relativas al asunto que nos ocupa. Los viajeros no parecen haberse ocupado de ellas. Pero si fuese posible juzgar por la conducta del Soberano, ¡cuán degradada no debe estar la familia en ese país! ¿Tiene sobrados hijos el Shah

<sup>1</sup> Dependen de la lista de esas fraudulentas conversiones las proposiciones del sínodo de Rusia para el ascenso de sus pretendidos misioneros. Por su recomendacion obtienen el título de *Proto-pope* (Archi-sacerdote), ó una cruz para el pecho, ó una orden de caballería. Estas insignias les son concedidas por el Soberano.

«de Persia? Que se estrangule el recién nacido. Los hijos de sus hermanas sufren ordinariamente de orden suya la misma suerte <sup>1</sup>.» Mas felices que el autor ruso, nosotros podemos dar sobre la familia persa detalles ciertos y muy significativos. Ellos confirman la verdad tantas veces demostrada, que fuera del Cristianismo reina por todas partes el despotismo mas brutal. Un solo rasgo basta para juzgar la constitucion de la familia. La ley persa autoriza los matrimonios á término, por seis meses, por un año. Rubor causa recordar que, bajo el Directorio y á principios de este siglo, la corrupcion, triste hija de la impiedad, habia introducido la ley persa en nuestras costumbres aristocráticas. «El atractivo natural, dice Mr. Eugenio Boré, que lleva el espíritu á la ciencia, el honor y la utilidad práctica que resultan de su adquisicion, son motivos bastante poderosos para determinar á los persas á procurarse las ventajas de la educacion. Pero intentar esparcir las mismas luces entre las mujeres, declaradas por la ley, por la costumbre y las preocupaciones, incapaces de toda instruccion y aptas solo para las funciones ó mas bien servidumbres domésticas, hé aquí un trabajo que ni la filantropía, ni el celo *humanitario* podrán jamás realizar en Oriente. Aquí la mujer no está contada en el número de las personas; ni siquiera se le concede la libertad de una existencia pública y exterior. Desde que ha franqueado el suelo de su cárcel, debe pasar por entre los hombres, velada, desconocida y silenciosa, mas bien como una fantasma que se agita en la sociedad, que como uno de sus miembros esenciales que la anima y completa. Las jóvenes están educadas en una ignorancia absoluta, y se hacen de ella un honor y un título de recomendacion. Una madre solo es aquí la nodriza y el aya de sus hijos. Desde que alcanzan la edad en que pueden pasarse de ella, desconocen su autoridad, y la mandan imperiosamente, sin que considere el padre este acto como la violacion de uno de los preceptos naturales <sup>2</sup>.»

Que bajo la influencia de la idolatría la familia esté reducida á esta humillante degradacion, es cosa que no debe asombrar. Pero

<sup>1</sup> Heindenstmann, *Cuadro de la Persia occidental en los Nuevos Viajes*, t. xxviii, pág. 203.

<sup>2</sup> Carta de Mr. Eugenio Boré, fechada en Djoulfa, cerca de Ispahan, 31 diciembre de 1840.

lo que asombrará á mas de un lector, poco acostumbrado á reflexionar sobre el poder moral, exclusivo al Catolicismo, es el saber que en el seno de la herejía, la sociedad doméstica no ha sido mejor protegida. Despues de haber mostrado los males que ha causado la simonía entre los armenios cismáticos, el mismo viajero continúa en estos términos: «El hombre que poco celoso de los intereses de la Religion juzga las cosas por las apariencias, preguntará acaso cuáles son los inconvenientes de esta venalidad y cómo perjudica al órden social. Nosotros le contestaremos que por ello se ve la sociedad atacada en su ley fundamental, la ley del matrimonio. Su inviolabilidad, prescrita por el Cristianismo, queda destruida cuando mediante una suma de dinero el sacerdote autoriza el divorcio. Y la conciencia prescindió además de otros escrúpulos, en cuanto el oro tenta su codicia. Así, si un extranjero pide una jóven armenia, el *derder* ó sacerdote no se informa de si está casado ya, si jura fidelidad á su esposa, si los padres lo consienten; solo se ocupa del lucro que le reportará su intervencion. En Persia, no es necesario que la ceremonia se cumpla en la iglesia, basta la casa de los jóvenes esposos, y se presta el juramento de amor, de respeto y de obediencia, sobre un anillo, una bolsa, ó un vaso de vino. Parece quererse imitar así la inmoralidad de una ley persa que permite para una época limitada á seis meses, ó á lo mas á un año el matrimonio con la clase de las mujeres llamadas *Moulals*, palabra que se confunde con la raíz de otra que significa *mueble, utensilio*. El sensualismo de la religion musulmana ha pervertido hasta tal punto los corazones, que los devotos se hacen un mérito á los ojos de Dios de esos contratos temporales. Su perfeccion espiritual aumenta segun el número de mujeres que mantienen; y tratan de probarlo muy gravemente aduciendo el ejemplo de sus profetas.

«Las intrigas que forman y disuelven estos enlaces producen escenas tan risibles, que entran en la inverosimilitud de la comedia. Tal es la historia que vamos á referir, garantizando su autenticidad.

«En 17 de febrero de 1839, hallándome en Tauris, los desertores y tráfugos rusos, que en número de mas de mil habian tomado partido por la Persia, fueron llamados á la otra parte del Araxis en virtud de un decreto imperial. Uno de ellos contrajo

«relaciones con una mujer armenia y le propuso casarse. Esta, casada ya, pero poco feliz en su casa, aceptó la demanda, á condicion de que se bendeciría su union. (La ignorancia hace que esos cristianos inventen semejantes transacciones con el cielo). «Se hacen los preparativos de la boda, sin saberlo el marido ni los hijos, que tenian ya de ocho á diez años de edad. Se dirigen para la ceremonia á un sacerdote que vivia con nosotros. Creian que, segun la costumbre del clero armenio, prestaría con gusto y en el acto su ministerio, porque no hay ni esponsales, ni amonestaciones; un dia, una hora bastan á veces para el contrato y la boda. Nuestro sacerdote, que se temia una sorpresa, pidió un plazo para informarse del estado de las personas. Pero como se llevaba prisa, porque el destacamento marchaba al dia siguiente para el ejército ruso, se dirigieron á un sacerdote armenio. Una buena gratificacion legitima á sus ojos muchas cosas. Y así fue que el que se eligió, se encaminó diligentemente á la casa de la prometida, y sin siquiera exigir que fuesen á la iglesia, les dió allí mismo la bendición nupcial. La esposa iba, segun costumbre oriental, con un largo velo blanco que la cubria cabeza, cara y manos. La pareja fue casada en regla. Cobró el sacerdote su salario y partió. Viendo entrar una hora despues al desposado en su habitacion, le recibió con afabilidad. Pero cuál fue su sorpresa cuando oyó que le decia: «Amigo mio, escuchad el secreto que voy á confiaros antes de partir para Makchivan, y guardaos de divulgarlo, porque podría perjudicaros. ¡Y bien! ¡sabed que acabais de casar conmigo, con el que os está hablando, vuestra misma esposa!!!» Juzgad cuán violentamente debieron agitarle la confusion y la cólera.

«Al dia siguiente el soldado ruso se llevaba tranquilamente su mujer, que dejaba sus hijos á su primer marido. Habiéndola dicho alguno: «Tu primer marido te maldice y te excomulga;» contestó con serenidad: «y yo le devuelvo sus maldiciones y excomuniones; se lo merece por animal<sup>1</sup>.»

Este triste cuadro no solo es el de la Persia y la Armenia, es la historia de la Familia en las vastas comarcas orientales sujetas al islamismo. Lo que no dice, lo deja adivinar; porque do quiera están degradadas la madre y la esposa, reinas y alma del hogar do-

<sup>1</sup> *Memorias y correspondencia de un viajero en Oriente*, 2 vol. en 8.º

méstico, el padre es un déspota y el hijo un esclavo. La familia no existe; ó si mejor os place, existe como el pueblo en que la violacion de las leyes sociales es un estado permanente.

«Con frecuencia, añade el sábio viajero, hemos tenido ocasion de lamentarnos en el curso de nuestra peregrinacion, de la degradacion á que el Islamismo reduce la mitad de la sociedad. Así, «por ejemplo, extraviados en nuestro camino, queríamos, á falta de hombres, preguntar á las mujeres que encontrábamos al paso. Huían ó guardaban silencio, y oíamos decir á nuestros guías: «Caballero, ¿qué pueden ellas saber y contestar? son mujeres.» «En las casas donde nos hospedábamos, las veíamos cargadas como animales y ocupadas en las faenas domésticas, mientras que el marido fumaba tranquilamente, y hubiera creído degradar su dignidad ayudándolas. ¿Á qué reflexiones mas tristes aun no nos veríamos arrastrados, si quisiésemos rasgar el velo de tantas otras miserias que han rebajado la compañera del hombre al rango de esclava suya? Pero nos separaríamos de nuestro asunto; y basta con una observacion hecha sobre el estado religioso de las diversas comuniones cristianas de Asia para recordar á las mujeres á quiénes deben su enaltecimiento. Entre todas esas comuniones, una sola las guarda consideracion: es la que profesa el culto de amor debido á la santa Virgen, la que santifica sus fiestas y recita las oraciones de la Iglesia formuladas en su elogio. Hemos designado á los católicos. Si el extranjero que las visita les está unido por el lazo de una fe comun, es introducido sin escrúpulo en el santuario de la familia; la madre se honra con presentarle sus hijos, y el marido permite á la esposa presentarse sin velo, tomar asiento en el mismo círculo, y terciar en la conversacion; así es que los católicos manifiestan interesarse por la instruccion de la mujer; y si las hay que sepan leer y escribir, es entre ellos donde se las encontrará<sup>1</sup>.»

A todos esos rasgos de degradacion y de la mas profunda miseria los pueblos del Tibet juntan la violacion de las primeras leyes naturales. El polivirato y una especie de comunidad salvaje forman el fondo de sus costumbres; los mongoles venden y compran sus mujeres como viles animales<sup>2</sup>. En cuanto á las viudas, el mérito

<sup>1</sup> Id. *Anal.* n. 79, pág. 476.

<sup>2</sup> El P. Regis, en la *China* del P. Halde, t. IV.

exagerado de la continencia, ó mas bien los celos del marido, las impiden casarse de nuevo: se las persuade que en la otra vida se unirán á su marido. Sin embargo, los hombres desmienten sus palabras con su conducta; porque un hijo puede casarse con todas las mujeres de su padre, excepto con la que lo ha dado á luz. Una última circunstancia termina este cuadro: el mas jóven de los hijos es el heredero de los bienes paternos: sus hermanas están declaradas incapaces<sup>1</sup>.

Por lo general, en esos vastos países del Asia, sin tener la familia los caractéres de sangrienta barbarie que la deshonoran, ha descendido con todo hasta su último término. La venta de la inocencia es cosa muy frecuente. Las desgraciadas víctimas de la codicia paterna son conducidas á centenares á los mercados de Constantinopla y de las otras ciudades importantes. ¡Qué de mas hediondo que ese tráfico! ¿Podemos concebir, nosotros cristianos, que un padre venda á sus hijos? Y sin embargo ese odioso tráfico se ejerce todos los dias. En el momento en que leeréis estas líneas, ¡comenzará de nuevo respecto de numerosas criaturas, redimidas como vosotros por la sangre de Jesucristo! Nos complacemos en creer que este pensamiento no hallará insensible á vuestro corazón. Que el óbolo apostólico, tomado de vuestro lujo, vaya, pues, á romper el yugo que pesa sobre el ser débil y que pesaria sobre vosotros mismos, sin la redencion de la que vosotros podeis, y de que vosotros debeis ser los ministros.

¿Qué diremos de los turcos? Las costumbres domésticas son bastante conocidas: la poligamia, la esclavitud, y la degradacion de la mujer<sup>2</sup>, el embrutecimiento del hombre reducido á no ser mas que una máquina bajo la mano de una fatalidad inexorable, tales son, en lo que se refieren á nuestro asunto, los incontestables efec-

<sup>1</sup> Rubruquis, *Viaje á la parte oriental del mundo*; y Purchas *Pilgrimage*, pág. 4.

<sup>2</sup> Hablando un misionero nuestro de las ciudades turcas, y en particular de Trebisonda, se expresa así: «No hay balcones ó ventanas á la calle, porque los suspicaces celos de los turcos no permiten á las mujeres tener vistas á lo exterior. Cuando uno anda por las calles, cree dar vueltas al rededor de la cerca de un dilatado coto ó de las paredes de una cárcel. Las mujeres salen cubiertas de un largo velo que les llega á los talones, tapándose cuidadosamente la cara aun delante de las personas conocidas.» (*Anales*, n. 65, p. 413, año 1839).